

## EL RECUADRO

Todavía sin datos consolidados del ejercicio 2012, no es aventurado afirmar que el pasado año ha sido uno de los peores para la economía española, si no el peor, en décadas. Muy especialmente en lo que se refiere a desempleo y caída de actividad. Tampoco las previsiones para 2013 invitan al optimismo, ni en creación de empleo, ni en incremento del Producto Interior Bruto, y los mejores augurios apenas se atreven a situar en 2014 un primer atisbo de recuperación.

Sin embargo, vale la pena recapitular para ser conscientes del punto real en el que se encuentra la economía española, el camino recorrido hasta ahora y el trecho aún por andar, antes de volver a ver tasas de actividad crecientes y generalizadas.

Es cierto que después de dos años y medio de crisis –la segunda desde 2007- en la zona del euro seguimos sin ver la luz, especialmente en los países periféricos en los que lo que empezó como una crisis de la deuda pública y privada se ha convertido en una crisis bancaria primero y en una crisis macroeconómica de recesión y paro creciente, después.

Estos tres procesos de crisis superpuestos que se han potenciado en seis países (Grecia, Irlanda, Portugal, España, Italia, y Chipre) y que amenazan con hacerlo en otros (como Francia), cursan con síntomas muy similares, si bien con distintas intensidades y proporciones: Cuentas públicas desequilibradas, un persistente déficit por cuenta corriente, sociedades frenadas por el intervencionismo de las administraciones y, en consecuencia, potenciales de crecimiento bajos.

Pero también es cierto que el reajuste en estos países periféricos – tampoco en esto la intensidad y las proporciones son las mismas en todos ellos- está en marcha: Los saldos presupuestarios mejoran, el déficit por cuenta corriente disminuye, la deuda privada baja, los incrementos salariales se moderan, los empleos redundantes en el sector público están en el camino de ser suprimidos, y las entidades financieras dañadas mejoran la calidad de su capital.

Este proceso está suponiendo, para los países en crisis, una devaluación interna generalizada en precios, salarios, beneficios y prestaciones sociales, lo que a la larga mejora la eficiencia en la adjudicación de recursos domésticos y facilita la reorientación de los factores productivos desde sectores como la administración pública o las prestaciones sociales, que no mejoran la competitividad del conjunto de la economía, a otros “más comercializables” internacionalmente y capaces de generar empleo productivo.

Este proceso de reorientación está siendo especialmente profundo en España y si bien está suponiendo esfuerzos, e incluso en muchos casos verdaderos sufrimientos, también es cierto que está permitiendo aumentar la productividad y mejorar la competitividad del conjunto de la economía del país.

Pero en este proceso en curso, se deberán adoptar más reformas estructurales, algunas de ellas radicales, para superar los factores que han llevado a España a la actual situación que no es otra que la de una economía desequilibrada, con una base productiva demasiado estrecha para soportar las cargas que se le han colgado durante años y que han actuado como inhibidores del crecimiento y del empleo.

Las reformas estructurales deben abrir el camino a la competencia, a la reducción de los costes de producción y al fomento de la productividad en todos los ámbitos, públicos y privados. La economía española tiene capacidad para afrontarlas y comenzar a resolver sus problemas y así lo está haciendo, pero es absolutamente indispensable para recuperar la senda del crecimiento económico, entender que la clave está en la inversión empresarial, especialmente en I+D+i y formación, porque es en ese caldo de cultivo donde crece el empleo y, con él, el consumo.

Recuperar la confianza de los agentes económicos no es fácil, pero el camino, aún por desbrozar del todo, ya se ha iniciado, y cada vez está más cercana la recuperación, quizás ahora afianzada sobre bases más sólidas que las que la han sustentado en otras ocasiones.